



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

GRACIAS BENEDICTO XVI

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=Hm2xnlvZe8&t=8s>

(Transcripción aproximada del audio)

Yo vengo a decir gracias, Benedicto XVI, es lo que vengo a decir. **La gratitud es la memoria del corazón.** Yo pertenezco a una generación de obispos que fuimos ordenados al inicio del pontificado de Benedicto XVI. Pertenezco a una generación de obispos de los que nuestra etapa de seminario y nuestro sacerdocio fue acompañada completamente por San Juan Pablo II. Bajo su paternidad nos formamos en el seminario.

Recuerdo que San Juan Pablo II fue elegido en mi primer mes de seminario, recién entradito con 17 años tenía, así que fue el papa del seminario, fue el papá del sacerdocio, fue un pastor de pastores. Resultó maravilloso recibir su paternidad. Y cuando comenzó el pontificado de Benedicto XVI, me llevé la sorpresa de que la Iglesia me pidió ser obispo. Entonces, considero que pertenezco a esa generación que le debe mucho, no, muchísimo y , por tanto, tengo un deber moral de gratitud que vengo aquí a expresar, a ese tándem luminoso que conformaron Juan Pablo II y Benedicto XVI; Karol Wojtyła, Joseph Ratzinger, un tándem indisoluble, diría yo.

Decía al principio que la gratitud es la memoria del corazón, pero es que también hay que expresarla, porque sentir gratitud y no expresarla es como envolver un regalo y no entregarlo. No, aquí vengo yo a entregarlo, vengo a decirlo. Tengo muy claro que esta expresión de gratitud no es nostálgica, en absoluto. Vivo el pasado con mucha gratitud, claro que he sido un privilegiado, que hemos sido unos privilegiados. Vivo el presente con pasión, sabiendo que hay un gran combate en el presente, y vivo y abrazo el futuro con esperanza, no exenta de preocupación, porque el que diga que no está preocupado, es que está ciego o hace como si no ve, pero tengo esperanza porque la Iglesia es del Señor.

Empiezo por hacer referencia a Benedicto XVI como prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, que, a mi juicio, fue mano derecha de San Juan Pablo II. ¡Qué gran bien hizo la Iglesia en aquellos años!, veinticuatro años como prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, desde el año 1.981 hasta el 2.005, frente a ocho años como Papa. Mucho más tiempo estuvo en la Congregación que en el pontificado. Es difícil saber cuándo prestó mayor servicio a la Iglesia, asistiendo como la mano derecha de San Juan Pablo II en la Doctrina de la Fe o como sucesor. Es difícil saberlo.

Así que, vengo aquí a atreverme, a lanzarme a dar una tesis: el mayor legado que Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, ha dado a la Iglesia, es el Catecismo de la Iglesia Católica. Creo que es su mayor legado. Hago esta afirmación en el 30 aniversario de la promulgación del Catecismo. No sé si sabéis que este mes de octubre (se ha cumplido el 11 de octubre), treinta años de la promulgación del Catecismo de la Iglesia Católica. Él lo vivió aquello como prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, aunque también como Papa le correspondió, a los dos meses del inicio de su pontificado, promulgar el Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica.

Como bien sabéis, yo he tenido el privilegio, el regalo de Dios, de que mi ministerio sacerdotal y episcopal se ha visto muy configurado por la experiencia de recibir y explicar el Catecismo, tanto el Catecismo mayor, el Catecismo menor, el Youcat. Ése ha sido el mayor regalo que Dios me ha permitido hacer en esta vida; estoy convencido de que un regalo mayor que ese ya no voy a poder ver; el mayor regalo de mi vida. Cuando uno mira al devenir de la historia, se convence de que es un milagro que esa obra magna del catecismo fuese elaborada y promulgada en plena crisis del relativismo. Es una muestra de la divinidad de la Iglesia, capaz de hacer eso, una muestra de divinidad de la Iglesia el ser capaces de promulgar la *Humanae Vitae* en el verano del año 68, al mes siguiente del mayo del 68. Ciertamente, eso es un milagro de la divinidad, de que la Iglesia es divina y no es humana.

Es un signo de la Providencia con la que Dios cuida su Iglesia, el hecho de que, en este momento de tanto confucionismo y crisis interna en el seno de la Iglesia, dispongamos de esta expresión normativa de la fe tan desarrollada y tan recientemente promulgada. ¡Qué providencial es que en este momento el Catecismo de la Iglesia Católica esté promulgado! Pongo un ejemplo, pero podíamos poner muchos. ¿Nos imaginamos qué sería de la Iglesia Católica si la crisis del sínodo alemán nos hubiese encontrado sin el Catecismo promulgado? ¡Qué crisis sería esta! Una crisis del sínodo alemán en la que se ha propuesto decir que las fuentes de la Revelación no son ya únicamente la Sagrada Escritura y la Tradición, sino que la propia *sensibilidad de la cultura*, la opinión mayoritaria, forma parte también de las fuentes de la Revelación.

Es curioso, porque resulta que, quizás, en este momento tendríamos que considerar que, hoy en día, lo que nos debería de preocupar principalmente no es el ser mayoría, no es lo que opina la mayoría, la sensibilidad cultural, porque la mayoría ya la hemos perdido, eso es obvio. En estos momentos, lo que nos tiene que preocupar es, por lo menos, no dejar de ser significativos, es decir, tener significancia. La verdad, la importancia no es que seamos mayoritarios, sino la de que seamos significativos, es decir, que nuestra palabra tenga la significancia propia de la Revelación. Por eso, en esta crisis tan grande, la importancia de que el Catecismo esté promulgado.

O cuando vemos, por ejemplo, que destacados miembros del episcopado europeo, de otros lugares del mundo, están de alguna manera coqueteando con la agenda LGTB, en una dialéctica de pretender contraponer misericordia y verdad. Por eso, cuán importante es que el Catecismo de la Iglesia Católica esté promulgado. De hecho, uno recuerda el heroísmo de San Pablo VI cuando tuvo que afrontar la crisis del Catecismo holandés en el año 1.968, sin que el Catecismo estuviese promulgado. Lo que supuso eso para Pablo VI, aquella crisis del Catecismo holandés, muy semejante a la crisis que ahora estamos viviendo con el sínodo de Alemania. Tuvo que abordarlo sin que el Catecismo estuviese promulgado y él dio a luz al *Credo del Pueblo de Dios*, que lo tenemos tanto olvidado, ojo. Acordémonos del Credo del Pueblo de Dios; jamás la Iglesia había tenido un Credo tan desarrollado, o la fórmula del Credo promulgado por Pablo VI respondiendo a esa crisis tan grande.

Considero que Pablo VI, solamente por eso, por esa respuesta que dio a la crisis del episcopado de Holanda, como por la respuesta que dio en el momento de la *Humanae Vitae*, únicamente por eso, podría ser declarado mártir en la confesión de la fe. Por eso insisto, ¡qué importante es que la Providencia haya querido que en este momento de crisis nos encuentre con el Catecismo de la Iglesia Católica promulgado!.

Avanzo en el desarrollo de mi tesis, que os quiero recordar. He dicho que mi tesis era que el legado principal de Joseph Ratzinger, Benedicto XVI, es el Catecismo de la Iglesia Católica. Me

quiero referir a un detalle desconocido para algunos, que es muy significativo, sobre la implicación personal de Joseph Ratzinger en el proyecto del Catecismo.

Tras ser elegido cardenal prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, en el año 1.981, al año y medio él pronunció, en Lyon y en París, una conferencia con el título: "Transmisión de la fe y fuentes de la fe", una conferencia clave. En esa conferencia él señaló el error de haber suprimido de facto el Catecismo romano, el Catecismo de Trento [publicado en 1.566], que había acompañado la Iglesia Católica desde Trento hasta el Concilio Vaticano II [celebrado entre 1.962-1.965]. El error que supuso que al celebrar el Concilio Vaticano II se quedase suprimido el Catecismo anterior y hubiese un vacío en un momento tan delicado, en el que el Concilio Vaticano II tenía que ser recepcionado. Obviamente, aceptar un Concilio sin un Catecismo que tenía una cosmovisión plena, íntegra de todos los misterios de la fe, supuso un error muy grande que él señaló.

Señaló en esa conferencia la crisis de la catequética. La fe quedó entregada a la arbitrariedad del catequista que a uno le podía tocar en suerte, hablando del riesgo de los experimentos catequéticos en los que la didáctica y la pedagogía anulaban el contenido. El método pasa a ser el criterio para el contenido y no ya su vehículo; la oferta se regula por la demanda, lo que reflejaba una gran crisis que se estaba viviendo en ese momento. Y de esa crisis resultó que la catequesis omite la exposición del dogma y se intenta formular la Fe desde una interpretación personalista de la misma.

Vamos a ser claros, considero que aquí estamos ante unos grandes teólogos. Yo, francamente, ante los grandes teólogos, me considero a mí mismo una hormiguita, más bien un obispo catequeta. Pero un catequeta sin dogma es algo así como un bombero sin agua, ya que, obviamente, un catequeta tiene que estar fundado en el dogma, sino ¿dónde va el bombero sin agua? entiendo que eso es exactamente lo que señaló Joseph Ratzinger en aquella conferencia, verdaderamente, profética del año 1.981. El dogma no es otra cosa, por definición, que la interpretación autorizada de la Escritura forjada en la *fe de los siglos*. Aquella conferencia dio mucha luz al episcopado mundial que estaba un poco perplejo en la recepción caótica del Concilio Vaticano II, que se supone que tenía que haber sido un momento de florecimiento en la fe en medio de un momento de verdadera crisis, en la que decenas de miles de sacerdotes se estaban secularizando.

Entonces, dos años después de esa conferencia, en el año 1.985, se convoca el Sínodo de los Obispos con motivo de los veinte años de la clausura del Concilio Vaticano II. En las conclusiones de ese Sínodo se le pide al Santo Padre la solicitud de elaborar el Catecismo que se defina como el Catecismo del Concilio Vaticano II. Igual que aquel Catecismo romano acompañó a la Iglesia, fijaros, casi cinco siglos, ¿cuántos siglos nos acompañará este Catecismo? Es clave en la vida de la Iglesia, determinante para una recepción adecuada del Concilio Vaticano II, no distorsionada, para entender, para interpretar todas las grandes aportaciones luminosas del Concilio en clave de continuidad y no de discontinuidad, de ruptura.

Claro que eso es algo en lo que el Papa Benedicto ha insistido con frecuencia, la *hermenéutica de la continuidad*, en clave de reforma, de conversión. La importancia de entender que la fe solamente se puede explicar en su integridad, no con una recepción de algunos aspectos con los que uno se identifica y que son políticamente correctos, dejando en el olvido otros aspectos que en este momento no se llevan. No, la Fe o se explica íntegramente en todas sus dimensiones, del Credo, la moral, los sacramentos, la oración, o no es la Fe católica, es otra cosa, es una expresión de según modas y según los aplausos que uno espera recibir, de hablar aquí de una

cosa y callar de otra, hablar en otro lugar dependiendo de en qué sitio estoy, de ser políticamente correcto hablar de un tema o de otro. No, ése no es el proceder de la Iglesia.

El Catecismo de la Iglesia Católica ha dado una clave de interpretación en continuidad, en reforma, de volver a las raíces de la Iglesia y en una visión íntegra de la Fe. Qué importante es, qué importante entender que después, en su pontificado, Benedicto XVI no hizo sino continuar con el gran servicio a la Fe que había hecho él con el Catecismo de la Iglesia Católica. En el libro entrevista "Benedicto XVI, últimas conversaciones", Peter Seewald le pregunta al Papa Emérito cuál sería para él, a posteriori, el hilo conductor, el rasgo definitivo de su pontificado, y Benedicto contesta: *"Diría que el Año de la Fe"*.

El Año de la Fe. En efecto, él ha apostado siempre por la centralidad de la fe y, de hecho, su legado final se convirtió en la primera encíclica del Papa Francisco, aquella que hemos dicho que estaba escrita a cuatro manos, reiterando así la luminosidad de la fe como su legado más precioso. Allí se dice: *"Urge recuperar el carácter luminoso propio de la fe, pues cuando su llama se apaga todas las otras luces siguen languideciendo"*. Es tan importante en esta vida que, cuando uno hace un diagnóstico, encuentre dónde está el problema, porque cuando un problema es muy grande, piensas: *"A ver, es tan extenso este problema, es tan vasto, podíamos hablar de tantos temas"*, resulta muy importante saber dónde está la clave de la crisis que tenemos. Y creo que Benedicto XVI nos da esa clave: el problema está en la falta de fe. El problema que tiene el mundo es un problema de fe, el problema que tiene la Iglesia es un problema de fe.

Hablamos mucho de las heridas afectivas, yo también suelo hablar con frecuencia de las heridas afectivas, pero que configuran nuestro tiempo; no olvidemos que detrás de las heridas afectivas se encuentra la emergencia educativa de la que habló Benedicto XVI, porque las emergencias afectivas no han nacido si no es como consecuencia de haber perdido el horizonte de la fe y haber dejado de tener una educación en una integridad de la cosmovisión católica. De ahí, luego, obviamente, se desordena la vida y surgen las heridas afectivas. Nuestro problema es un problema de falta de fe, por lo cual sería y es muy importante no distraerse demasiado en otro tipo de consideraciones, pues ese es nuestro problema.

Benedicto XVI ha trabajado en todo momento para recuperar la vitalidad y el dinamismo de la fe; lo hizo desde su inmensa reflexión teológica y también desde su ministerio como sucesor de Pedro. Por cierto que allá en el revolucionario 68, al mismo tiempo que San Pablo VI daba el do de pecho en la publicación de *Humanae Vitae*, él escribía su libro inolvidable, "Introducción al cristianismo". Era clave ese libro, pues en sus páginas subraya que el hombre moderno ha cambiado la fe tejida en la herencia colectiva de la tradición, la ha cambiado por el culto a la libertad individual. Sería tan importante hoy en día que, en la formación a nuestros jóvenes, comencemos por una introducción a la Fe.

Comentaba que, quizás, a nuestros alumnos en este momento es muy importante, educarlos en la Doctrina Social Católica, pero, posiblemente, creo que nuestro tiempo necesita un primer paso de introducción a la Fe, puesto que no se puede dar por supuesto que un cristiano que se ha bautizado tiene fe. No la tiene, porque el culto a la libertad le ha desvinculado de la paternidad de Dios. Parafraseando una expresión de un conocido conferencista, decía él: *"Lo más importante en esta vida es que lo más importante sea lo más importante"* (*"Lo más importante en esta vida es que lo más importante sea lo más importante"*) [Víctor Küppers, 1.970]. Pues aquí pasa lo mismo, es decir, lo más importante en esta vida es que la fe ocupe el lugar central, porque si lo decimos en teoría y luego en la práctica no ocupa esa posición, ¿de qué estamos hablando? Eso es lo esencial.

Resulta muy luminoso, para analizar el pontificado de Benedicto XVI, tomar cuenta de que sus tres encíclicas, o si queréis sus cuatro si contamos con esta encíclica a cuatro manos, en su título lo dicen todo: "Deus caritas est", "Spe salvi", "Caritas in veritate", "Lumen fidei". Fijaros que las tres virtudes teologales están presentes en las encíclicas de Benedicto XVI: Caridad, Esperanza y Fe. Un conjunto fascinante del camino dialogal del cristiano hacia Dios, siguiendo las virtudes teologales, pero con una clave que quiero subrayar. ¿Cuál es dicha clave? La da ese título de "Caritas in veritate", que también podía haber sido "Veritas in caritate", porque ahora mismo podría haber sido *caridad en la verdad o verdad en la caridad*.

Me parece que ese título lo dice todo, convirtiéndose en una clave determinante de Benedicto XVI, puesto que la herejía de nuestro tiempo consiste especialmente en el divorcio entre fe y caridad, verdad y justicia, etcétera. Esa es la herejía de nuestro tiempo, no tanto la negación de dogmas concretos, sino la contraposición de la verdad, la justicia frente a la caridad, la misericordia; la contraposición, un antagonismo o cuando menos una falsa dialéctica entre ortodoxia y ortopraxis, dogma y misericordia, que nos está continuamente engañando. Jesucristo es al mismo tiempo la Verdad y Jesucristo es al mismo tiempo el Amor, y en Él no hay ninguna oposición dialéctica entre ambas cosas.

Lo que Él dice a aquella mujer pecadora: *"Nadie te ha condenado, tampoco yo te condeno, vete y no peques más"*, [Evangelio San Juan, 8, 11]. En Jesús no existe esa oposición dialéctica nunca entre verdad y caridad. **Cristo es la verdad, Cristo es la misericordia, Cristo es nuestra esperanza.** Creo que esta es una clave de Benedicto XVI, las tres virtudes teologales y, si me permitís hacer un poquito de catequeta, las tres virtudes teologales son un triángulo. Un triángulo tiene un cuerpo común, las tres virtudes teologales tienen un cuerpo común, pero al mismo tiempo tienen tres ángulos. Un triángulo puede ser equilátero, puede ser isósceles, puede ser irregular, puede remarcar más uno de los tres ángulos, pero al final tienen que estar las tres dimensiones; esperanza y caridad tienen que estar integradas y, además, conviene siempre apuntar al triángulo equilátero para que nuestras subjetividades no deformen el misterio de la fe.

Siempre conviene apuntar al equilátero, aunque obviamente existen carismas y formas de expresión que siempre son complementarias cuando vivimos en la comunión de la fe. Por si hubiese alguna duda sobre el alma teologal de Benedicto XVI, su renuncia coincidió con el Año de la Fe. Misteriosamente, el momento de su renuncia, la Iglesia había sido convocada por Benedicto XVI a un Año de la Fe. Tenía que ser desde el 11 de octubre del 2012 al 24 de noviembre del 2013. Él abrió la puerta, pero pasó a emérito sin que el año hubiese terminado, como si hubiese dejado abierta la puerta del Año de la Fe para todos nosotros.

Somos muchos los laicos, sacerdotes y obispos también, los que nos alimentamos de su magisterio, los que no tenemos su capacidad teológica ni su capacidad de lectura, los que no tenemos la capacidad de acceder a las fuentes como él accede, los que no tenemos la capacidad de estar actualizados teológicamente porque la vida no nos da para más, y que sufrimos nuestra falta de lectura y de acceso a las fuentes, las suplimos con la lectura de las obras de Benedicto XVI. Somos muchos los que tenemos que agradecer también el esfuerzo que se ha hecho en la BAC de publicar esas obras completas, de hacer esa síntesis de sus homilías, que suponen una joya.

Somos muchísimos los que nos alimentamos de eso, los que cuando estamos a tope y no sabemos cómo llegar nos decidimos *"voy a ver el libro de Benedicto XVI"*. Si me permitís un ejemplo, porque uno es vasco, así que tiene que poner un ejemplo de vascos; cuando un vasco come una chuleta de buey es muy consciente de que ese buey ha comido muchísimo pasto y

muy diverso; que gracias a todo lo que se ha alimentado él está ahora recibiendo una chuleta concentrada que es un regalo. Yo así lo entiendo, cuando leo a Benedicto XVI digo: *"Toda la erudición de este hombre a mí se me da resumida de una manera increíble"*. Eso es así y somos muchísimos los que tenemos que agradecerlo.

Su renuncia dejó patente a muchísimos que le juzgaban equivocadamente. Creo que les dejó a muchos con el pie cambiado, porque habían hecho un juicio de una persona cuya renuncia les dejaba totalmente fuera de juego. Si resulta que esto pertenece a una estrategia de poder, entonces, como ha renunciado, expresó con su renuncia que a él no le movía nada, pero absolutamente nada que no fuese el amor por Cristo y la pasión por la Iglesia. ¿Podríamos decir todos lo mismo, que no tenemos ninguna estrategia, ninguna otra aspiración que el amor a Cristo y a la Iglesia? Creo que también eso forma parte del legado de Benedicto XVI.

La imagen del Papa Emérito, Benedicto XVI, inclinándose ante el Papa Francisco y quitándose el solideo en esa inclinación fue, a mi parecer, una auténtica lección de eclesialidad, una lección para muchas personas para las que existen, vamos a decirlo, teorías conspiranoicas. Es una lección de ese Papa que se inclina y se quita el solideo. Entiendo que el Papa Emérito sigue rezando, sigue preparando su paso a la casa del Padre desde aquel monasterio dentro de la Ciudad del Vaticano. Y estoy convencido de que, cuando Dios le llame, con Santa Teresa de Jesús, dirá al final, con gozo y con paz: *"Al final muero hijo de la Iglesia"*. Muchas gracias Papa Benedicto.